

Gonzalo Rojas y la miseria del hombre

Faride Zerán

Lúcido, “como un loco que necesita cumbre”, dijo de él Huidobro; o “poeta único que une la poesía viva con el prodigio de la invención”, como lo describiera Neruda, Gonzalo Rojas pasea con parsimonia su vitalidad de místico turbulento invitando a los jóvenes a apostar el seso a las estrellas, aunque no los oiga nadie. En torno a La miseria humana, su primer libro publicado hace medio siglo y que hoy reedita la Universidad de Playa Ancha, debe construirse cualquier diálogo, y más una entrevista sobre sus ideas, señaló antes. La advertencia era clara y tenía fundamentos. El poeta de Lebu bajó de la habitación de su hotel santiaguino, y avanzó hacia la mesa de una aséptica cafetería cargado de papeles y libros. Cada pregunta tenía su respuesta en un verso, cada reflexión estaba ya escrita en el ejercicio infinito de respiro y asfixia. Así, las palabras armadas en interrogantes de entrevista rebotaban torpe y ridículamente en cada línea impresa o manuscrita puesta sobre el tapete por Gonzalo Rojas, el hombre que piensa que ya todo estaba escrito, que uno siempre está diciendo una palabra que se enlaza profundamente con otra que antes fue dicha; el que está en contra de la originalidad, y para quien la miseria humana se funda en la convicción de la fragilidad y caducidad de una precaria existencia. Con más de diez libros y numerosas antologías que dan cuenta de una obra traducida al inglés, francés, alemán, ruso, italiano, checo, chino, griego, etcétera, el autor de Contra la muerte, Oscuro, Transtierro, Del relámpago, entre otros, reitera: “Sólo la marginalidad nos hace libres”.

La miseria del hombre es su primer libro, publicado hace ya medio siglo, y el último también: se reedita en los próximos días. ¿Por qué este círculo sobre sus pasos, por qué esa máxima de José Emilio Pacheco que dice “y así desde los 20 años, Gonzalo Rojas no se parece más que a sí mismo”?

• Porque se me dio el tiempo de un modo circular, habría que decir, aunque el término nos remita lo mismo a Borges que

Nietzsche. La verdad es que el tiempo no puede ser considerado como una línea lineal, excúseme el pleonasmó. Yo estoy con uno de los poetas fundamentales de Chile, Roberto Matta, quien dijo: "Consígúete una vida de 80 años, porque la vida empieza a los 70, así, cuando mueras estarás cumpliendo 10". ¿Y qué quedará de cuanto hice y cuanto hago? ¿siete o menos páginas, o todavía menos? Tengo 10 años, soy el niño. De mi poema "Aún escribo en el viento", que data del año 60, se me dio un ejercicio semi-profético de Chile en su durísima experiencia de los años 70. Allí digo: "hubo una vez un niño". Es la vuelta al niño, pero no tiene 10 años y simultáneamente tiene 20, y tiene 30, 40, 50, 60 y retrocede. Así, cuando tengo 70 también tengo 20 y tengo 30.

Usted ha dicho, refiriéndose a su obra, que no cree en la originalidad y el desarrollo. ¿Por qué, cuando todos quieren ser originales, todos quieren volver a empezar? ¿Por qué ya no es piedra sobre piedra?

• Una cosa es el origen y la búsqueda del origen y, claro, eso es importante. Hay un viaje al origen, como diría Carpentier, a la semilla, en cada verdadero escritor. Pero otra cosa es el que presume ser un adelantado tal que pone en marcha una visión o un lenguaje, en circunstancia de que eso ya estaba dicho o escrito. Por eso hay un texto mío, de muchos años, que se llama "Por Vallejo", y que empieza: "Ya todo estaba escrito". Uno está siempre diciendo una palabra que se enlaza tan profundamente con otra palabra que fue dicha, y cuando digo palabra digo visión, que no podría presumir como alguien que por primera vez tuvo aquella visión. A mí me funciona el ojo, por supuesto, este ojo un poco dañado y viejo de cansancio, visionario y concupiscente a la vez. Por un lado hay una especie de místico; un arrebatado en lo mío, y, por otro, hay un erótico, alguien que cree profundamente en el eros. La tradición y la invención son los dos rieles con los cuales necesariamente tenemos que marchar. En mí, por ejemplo, operó de una manera fundamental el hallazgo de la gran clasicidad, el gran pensamiento áureo de los clásicos, griegos y romanos, por una formación muy estricta que tuve de muchacho en un buen liceo. De allí que diga que en mí opera lo genealógico, desde el punto de vista de reconocer a los progenitores. Y si tuve un padre que se llamó Juan Antonio Rojas, el que me engendró, también tuve un padre que se llamó Vallejo, o parcialmente, Pablo de Rokha.

“El hombre y su miseria”, para volver al origen, es clave pascaliana, y conforma toda una visión de Gonzalo Rojas más allá de su poesía. Por ejemplo, cuando dice que en el desamparo nace la libertad del hombre.

- Esa frase se enlaza con Sartre, en el sentido de que la libertad verdadera nace del desamparo, de una conciencia de la pérdida, que puede ser una conciencia del límite. Pero ¿qué es la miseria del hombre? Es la fragilidad, la caducidad de nuestra tan precaria existencia, por una parte, y el no llegar, el no alcanzar. Dice San Juan de la Cruz: “volé tan alto, tan alto que le di a la caza alcance”, pero yo, como místico turbulento, no volé tan alto y no le di a la caza alcance. Por eso no me ofenden esos tiros arteros entre una y otra hilera de avisos económicos, porque, por último, eso de llamarlo a uno así o así es pura torcedura de villorrio incurable. Lo que no se perdona es el anarca que hay en mí –estoy usando el término en el sentido de Ernst Jünger, no el de anarquista– el anarca a secas, el disidente, el que hizo suyo aquello de no ser nunca un animal de consignas. Y el ojo funciona en mí visionario y concupiscente, obseso de ver y de transver. A lo mejor uno es un místico turbulento y nada más y debe callarse. Excusen el zumbido.

En su segundo libro, Contra la muerte, se encuentra su postura de nadar contra la corriente, de nadar contra las aguas y atreverse, o, como usted mismo lo dice: “apostar a la vida siempre, apostar al ejercicio del respiro”. ¿Es sólo talante de poeta, o de intelectual disidente?

- Yo diría que las dos cosas, soy y fui siempre un disidente y un anarca, es decir, uno que ve el mundo sin tener la adhesión total. Yo mismo soy un animal libérrimo, y nunca me funcionaron las consignas.

Se lo pregunto porque, recientemente, en el lanzamiento de la antología de Naín Nómez sobre Pablo de Rokha usted hizo una ferviente defensa del rebelde, del hombre que dice que no, del inconformista. ¿Por qué ese rescate del anarca en un mundo de aguas tan mansas?

- El anarca a secas, el disidente, el que hizo suyo aquello de no ser nunca un animal de consignas es lo único que nos pueda sacar de este marasmo. Lo que falta es una apuesta a lo que pudiéramos llamar la intemperie, a quedarse solo:

El hombre nace y muere sólo
con su soledad y su demencia
natural, en el bosque
donde no cabe la piedra ni el hacha.

*Y cómo se interroga en el mismo poema de La miseria del hombre:
"¿Hay que salvar al hombre?"*

• No, el hombre se salva solo, se hace solo. Y esta es una postura del anarca, del que sabe que no alcanza a llegar y está cerca, se aproxima. En mí, la poesía se vio siempre como la aproximación y nada más. Un nadador que va entrando en las aguas, necesariamente entra en ellas, lucha con ellas, pero no alcanza a llegar, está casi por llegar, y ese ejercicio respiratorio y todo ahogo es lo que lo hace totalmente fresco y lozano. Estoy por esa lozanía, por esa libertad.

¿Por qué tanta ira y tanta fuerza en su perspectiva de rescate de De Rokha?

• Porque De Rokha fue uno que se atrevió, una figura mayor del desafío. Y él es el que dio, desde su conducta libérrima –no te olvides que Juan de Luigi habló del liberrismo rokhiano–, desde esa conducta libérrima y un tanto anarca, el tono verdadero de la entrada, con caos y todo, en la nueva poesía chilena, en la poesía tal vez de Chile y del sur de América. De Rokha era una figura fundamental.

Pero el rescate que hace usted va más allá del poético; es al hombre, es a la desmesura, al de quien se atreve aun sabiendo que es un perdedor. En un mundo de éxito donde todos quieren ganar, rescatar la figura de De Rokha resulta hasta extraño...

• Se rescata a De Rokha porque él es un progenitor, y porque es alguien que apostó desde el caos, y como al fondo de todo verdadero poema se vislumbra el caos –y es palabra de Novalis, no mía–, siempre vi en ese caótico, en ese desmesurado De Rokha, una sintonía con mi propio temple y un modo de ver el mundo tan próximo a como yo mismo lo vi desde niño. Lo que me gusta es ese modo de respirar rokhiano. El es realmente el fundador, el que puso en marcha la vanguardia, lejos de los influjos parisinos, él casi lo descubrió todo.

Volvamos al pensamiento del disidente en un mundo conformista. ¿Cómo se engarza?

• El conformismo se funda para mí en la aceptación de la pudrición o de la podredumbre o de la peste. Y la peste es el dinero. Se ha desjerarquizado todo, porque el dinero lo ha podrido todo, pero esto te lo respondo desde un poema viejo, del año 64, cuando se dice, por ejemplo:

América es la casa: ¿dónde la nebulosa?
Me doy vueltas y vueltas en mi viejo individuo
para nacer. Ni estrella ni madre que me alumbré
lúgubrementemente solo.
Mortal, mortuorio río. Pasa y pasa el color,
sangra y sangra mi pueblo, corre y corre el sentido.
Pero el dinero pudre con su peste las aguas
/cambiar, cambiar el mundo.

Es decir, es el mismo proyecto de Rimbaud por su lado y el de Marx por el suyo. Cambiar el mundo dice el uno, y el otro dice cambiar la vida. Es el proyecto de cambio, uno quiere el cambio.

¿Y usted marchó con Marx y con Rimbaud juntos?

• Por supuesto que sí, siempre.

Y a la vuelta de la vida, mirando estos mundos que se derrumban en torno a Marx, ¿sólo queda Rimbaud?

• No, Marx también. La coherencia del pensamiento de Marx, el fundamento. Y yo no creo que su utopía, o la utopía que de ahí pudiera darse, haya sido frustrada, eso no es cierto. ¡Esperemos, démosle tiempo al tiempo, no hay ninguna prisa! Yo soy animal moroso, no creo que todo vaya siendo como es. ¡Qué va a ser como es! Entonces tendríamos que aceptar el punto más alto de lo jerárquico, por ejemplo, el fútbol, u otros órdenes como aquél.

No es un hombre de la adhesión total, pero a propósito de los salvacionismos ideológicos más o menos encandilantes, usted fue un hombre de la adhesión, en algún momento.

• Sí, el haber sido amigo de Allende para mí es uno de los honores máximos, y sigo siendo un hombre de pensamiento de izquier-

da, pero de la izquierda rokhiana, como la poesía de De Rokha. Tal vez anarca, o extrapartidaria, pero una izquierda.

Y fue encargado de negocios en Cuba, adhirió a la revolución china, estuvo en Alemania Oriental, donde fue Herr Professor, pero sin alumnos...

- No me los dieron.

No se los dieron porque planteó su disidencia en un poema, "Domicilio en el Báltico".

- Y lo dije justo en los días en que había tanta adhesión total:

Envejecer así, pasar aquí veinte años de cemento
previo al otro, en este nicho
prefabricado, barrer entonces
la escalera cada semana, tirar la libertad
a la basura en esos tarros
grandes bajo la nieve,
agradecer,
sobre todo en alemán agradecer,
supongo, a Alguien.

Lo que quiero decir, es que "Domicilio en el Báltico" es un texto que de alguna medida consuena con lo que iba a ser Gorbachov, pero un poco después. Los poetas de uno u otro modo somos si no adivinos, semi-vaticinantes. Yo no quería ofender, ni quiero ofender a los compañeros de la ex-República Democrática Alemana, que por último hasta me dieron el pan y la sal en esos días.

Sólo a través de la poesía le gusta hablar a Gonzalo Rojas. ¿Qué dice ese poema que tiene en sus manos?

- Se llama "Morbo y aura del mal". Es un poema nuevo, fresco, y está fundado en un epígrafe de Baudelaire: "He cultivado mi historia con placer y terror; ahora tengo siempre vértigo, y hoy, 23 de enero de 1862, he padecido una advertencia: he sentido revolotear sobre mí el aire de la ala de la imbecilidad". ¿Por qué? Porque el hombre tenía sífilis. Fueron sacrificados por la sífilis un Nietzsche, lo mismo que un Hölderlin, el autor de *Hiperión*, el mismo maestro Baudelaire y tantos más:

Del treponema pallidum que hizo estragos en las estrellas,
Nietzsche, Hiperión
y otros pastores del abismo, habrá
diez volúmenes en la ventolera de las lenguas, con
o sin ideogramas, la versión
de los Septuagintas dice producto
del sol, concupiscencia
dice la Vulgata,
lo bueno
agrega por su parte Baudelaire es que al alma no le da sífilis,
al cerebro le da
por comercio directo con la hermosura.

Yo soy un pastor del abismo también, el abismo llama al abismo, y el abismo hace este caos progenitor, y de ahí mi juego con De Rokha y con la pedregosidad de la Mistral, y de ahí mi juego con la elementalidad del soplo ígneo de Heráclito, por ahí va todo...

Desde un poema habla a los poetas, y así dice: "Pobres poetas, ¿nunca aprenderemos la condición del desollado vivo, del animal a la intemperie que somos por naturaleza, frente a lo efímero del poder?"

• Todo eso es efímero al lado de esto otro. A nosotros se nos dio la palabra, es un don. ¿Quién nos lo dio? No sabemos, pero nos fue dado y por eso tenemos esta enorme responsabilidad, y por eso no podemos andar presumiendo, no podemos decir: "a contar de mí empiezo el mundo". Todo lo más que digo es que silabeo el mundo, lo baluceo, y no más que eso. Pero a los poetas que me oigan les digo: escriban en el viento, no transen. No sean míseros escribas al servicio de la publicidad vergonzosa, libretistas de show, mercaderes de la estulticia mañana, tarde y noche. Dejen eso a la fanfarria. Apuesten el seso a las estrellas, aunque no los oiga nadie. ¿Quien oyó en su día a Hölderlin, a Baudelaire, a Vallejo? ¿A Celan, quién lo oyó? Sólo la marginalidad nos hace libres. Lo demás es estruendo. Premios, becas, renombre aquí o allá: polvo efímero. Da risa tanto divo en el corral. Los grandes poetas –y eso lo dijo Cesare Pavese– son raros como los grandes amantes. No bastan las veleidades, las furias y los sueños; se necesita algo mejor: testículos duros. Cuando hace 50 años escribí *La miseria del hombre*, Alone pontificó ese domingo: "Al paso que

van, las letras nacionales no prometen nada bueno". Y eso me encantó. El dictamen oficial me puso de una vez frente a mí mismo y asumí la intemperie que desde niño fue mi espacio, sin más techo protector que las estrellas altas.

Huidobro, en diálogo con Teófilo Cid, dijo: "Me dice usted, Teófilo, que Gonzalo Rojas, ese eremita secreto, se ha marchado a las cumbres de Atacama. Pero no lo vea como un desertor de Mandrágora, sino como lo que es: un loco que necesita cumbre". Desde esas cumbres de vagamundo ¿cómo siente el pulso de su país?

- Pese a este marasmo, a esta confusión y a este predominio del dinero, del dinerillo, hay un don de confianza en el proceso del Chile que viene. Y me parece que los jóvenes están intentando hacer algo. No sé si están revisando por entero los cortos plazos, décadas, años de nuestra tradición, pero hablando con algunos veo que buscan la libertad, ser y más ser ellos mismos. Necesito ese diálogo con los jóvenes de este plazo. Ofrlos. Callarme y oírlos. Aprender de ellos. Ni viejo ni cansado, no vine a instalarme. Soy un desinstalado y eso me ventila. A ver si entre todos escribimos El Libro. Aunque no lo lea nadie.

Pese a todo es un optimista...

- En el vagamundo que fui y que de repente sigo siendo, y lo soy ya anclado como estoy en este Chile, ese vagamundo no vive en ningún desconsuelo. El desconsuelo tampoco se hizo para mí, yo no soy un desconsolado, no creo en el desconsuelo. Tengo cierta fiereza vital, y esa fiereza es lo que me alimenta, la que me permite ser yo mismo, persistir obsesivamente en que la mudanza viene, una mudanza distinta por supuesto, porque no se ha perdido casi nada... No tengo desconfianza ni desconsuelo mayor. Creo que la cosa va como ha sido; además eso se responde desde las primeras líneas de mi "Carta a Huidobro". Un poema reciente, nuevo, que miramos juntos, en enero de este año, un físico joven, de cuarentitantos, Claudio Teitelboim, y el viejo Gonzalo Rojas, en un círculo de estudios que hay en Concepción, cuando fuimos convocados para que Claudio dijera lo que quisiera de la física y la poesía. Entonces, hubo un diálogo sobre física y poesía, y de ahí esta "Carta a Huidobro", que responde a tus preguntas:

1. Poca confianza en el XXI, en todo caso algo pasará,
morirán otra vez los hombres, nacerá alguno
del que nadie sabe, otra física
en materia de soltura hará más próxima la imantación de la Tierra,
de suerte que el ojo ganará en prodigio y el viaje mismo será vuelo
mental, no habrá estaciones, con sólo abrir
la llave del verano por ejemplo nos bañaremos
en el sol, las muchachas
perdurarán bellísimas esos nueve meses por obra y gracia
de las galaxias y otros nueve
por añadidura después del parto merced
al crecimiento de los alerces de antes del Mundo, así
las mareas estremecidas bailarán airosas otro
plazo, otro ritmo sanguíneo más fresco, lo que por contradanza hará
que el hombre entre en su humus de una vez y sea más
humilde, más terrestre.

2. Ah, y otra cosa sin vaticinio, poco a poco envejecerán
las máquinas de la Realidad, no habrá drogas
ni películas miserables ni periódicos arcaicos ni
–disipación y estruendo– mercaderes del aplauso ignominioso, todo eso
envejecerá en la apuesta
de la creación, el ojo
volverá a ser ojo, el tacto
tacto, la nariz éter
de Eternidad en el descubrimiento incesante, el fornicio
nos hará libres, no
pensaremos en inglés como dijo Darío, leeremos
otra vez a los griegos, volverá a hablarse etrusco
en todas las playas del Mundo, a la altura de la cuarta
década se unirán los continentes
de modo que entrarán en nosotros la Antártica con toda su fascinación
de mariposa turquesa, siete trenes
pasarán bajo ella en múltiples direcciones a una velocidad desconocida.

3. Hasta donde alcanzaremos a ver Jesucristo no vendrá
en la fecha, pájaros
de aluminio invisible reemplazarán a los aviones, ya al cierre
del XXI prevalecerá lo instantáneo, no seremos
testigos de la mudanza, dormiremos

progenitores en el polvo con nuestras madres
que nos hicieron mortales, desde allí
celebraremos el proyecto de durar, para el sol,
ser –como los divinos– de repente”.

Son sus poemas nuevos, inéditos, pero ¿qué es para usted su libro La miseria del hombre?

• *La miseria del hombre* sigue siendo mi cantera, y *quod scripsi scripsi*. Todo esta ahí y perdura; el respiro-asfixia, el desenfado, el vaivén pendular de lo muy abierto a lo críptico, el desollamiento, el tono, la ambigüedad riente. Aprendí a escribir demorándome y en eso ando todavía. Yo fui tartamudo, fui un hombre pariente del asma, y tuve pues esas dificultades para sacar la palabra. Eso se me encendió y creó en mí un espacio imaginario mental. Por eso “todo está ahí y perdura. El respiro-asfixia”.

¿Y qué ocurre con la muerte, esa obsesión suya que está en el círculo de sus obras?

• Sí, aquí tengo otro poema nuevo, es sobre eso. Se llama “Parpadeo”, y hablo de Jaime, que murió de cáncer, como tanta gente, y mi pobre Hilda también, pronto:

Se escribe por escribir, se
pavorosamente escribe, Jaime
murió ayer, un hombre llamado Jaime murió ayer,
hizo un cáncer
extenso a modo de invención del Hado en él, fue padre
de su padre, engendró hijos, amó
y desamó sensual, viajó a Venezuela en busca
de Dios, ¿a qué fue Jaime a Venezuela?
A qué fue nadie nunca a dónde
de un ahí a otro, obseso
de sí, parco
de sí, memorioso
de sus décadas: pasa
la carroza. Uno
no sabe, lee ocioso las estrellas.
De
lo que escribe uno no sabe.

Eso es la muerte. ¿Qué le pasa, Gonzalo? ¿Está mirándola, encarándola, pese a la famosa inmortalidad que postulan los poetas?

• "... Pasa la carroza, uno no sabe...". Sí, es terrible, "uno no sabe, lee ocioso las estrellas... De lo que escribe uno no sabe".

¿Y cual es el único poema político que rescata hoy, de los que ha escrito Gonzalo Rojas?

• Yo creo que político en profundidad, no he escrito sino un poema de cinco líneas y más bien diez sílabas. Se llama "La palabra":

Un aire, un aire, un aire,
un aire,
un aire nuevo:

no para respirarlo
sino para vivirlo.

Ese es el pensamiento político. Y muy puntual, pero este otro poema político, contingente y terrible, habla de los desaparecidos. Se llama "Desde bajo":

Entonces nos colgaron de los pies, nos sacaron
la sangre por los ojos,
con un cuchillo
nos fueron marcando en el lomo, yo soy el número
25. 033,
nos pidieron
dulcemente,
casi al oído,
que gritáramos
viva no sé quién.

Lo demás
son estas piedras que nos tapan, el viento.

Tomado de *La Época*, Santiago de Chile, 28 de mayo de 1995.